

GERARDO DIEGO EN EL CORAZÓN

Hay en la historia de cada hombre -incluso en la más desvaída y mínima-, ocasiones que se resisten a disolverse en el tiempo. Así yo no he olvidado jamás la primera anotación crítica que apareciera en letra impresa tratando de mi quehacer poético: «Bajo la influencia de Gerardo Diego, sus sonetos acusan no obstante...». Los puntos suspensivos quieren representar unas consideraciones discretamente laudatorias con que mi censor completaba aquel apunte sobre mi incipiente andadura.

Confieso que la espina estaba en lo del patronazgo gerardiano. Apasionado e inexperto, el joven poeta que yo era se pretendía original y sin contaminaciones. Y a lo mejor aquel crítico leonés (que tiene mucho que ver -¡y tanto!- con esta página literaria) no habrá sabido nunca de mi heridilla...



Al cabo de treinta años y más, ni me pesa ni me estorba que el poeta santanderino y múltiple condujera de alguna manera mis primeros pasos. Con algún amigo hay que correr la primera salida de hombre, con alguna mujer hay que entrar en la aventura del amor, algún Virgilio lleva de la mano a un Dante para que éste conduzca a otro, y ese otro a mí, y yo mismo, quién sabe... Si lo venidero de la vida o del amor o de la poesía depende en algo de sus iniciadores, yo me declaro definitivamente con suerte.

Ahora Gerardo Diego está llenando los periódicos y revistas «del ramo» con ocasión de sus ochenta años recién cumplidos, un dato cronológico difícilmente creíble para quienes disfrutamos su amistad impagable. Y no es poca virtud, arrebatarse esos anchos espacios a las páginas de un momento español tan denso en otras solicitudes. Por esto es justo y necesario que en León levantemos acta del acontecimiento.

Crémer le debe a Gerardo -le debemos todos una de las más hermosas etopeyas que pueden encontrarse en la poesía castellana, desde el acierto meramente formal del ritmo enea silabo hasta la penetrante captación de los rasgos esenciales del personaje:

Victoriano Crémer -cabeza

desbastada en piedra románica-

nos mira cuando le miramos

fijo desde el fondo del alma....

«Espadaña», al igual que la posterior poesía leonesa, y la de siempre, están hoy como ayer en su devoción y en el tema primero de nuestros encuentros. Yo mismo he recibido el regalo inapreciable de un ensayo suyo, «El sonido del hierro», exégesis casi musical de un poema donde cuento y canto los ecos de una niñez ferretera...

Pero sobre todo, aun por encima de la circunstancia leonesa y personal, el hecho cierto de que estamos festejando a un poeta universal que, por añadidura, CREE ciegamente en la Poesía. Con mayúscula. Una fe que muchos declaran pero que no todos demuestran.

ANTONIO PEREIRA